

Apuntes sobre el Perfil Económico de América Latina*

Lic. Renward García Medrano

Director de la Revista "Tiempo"

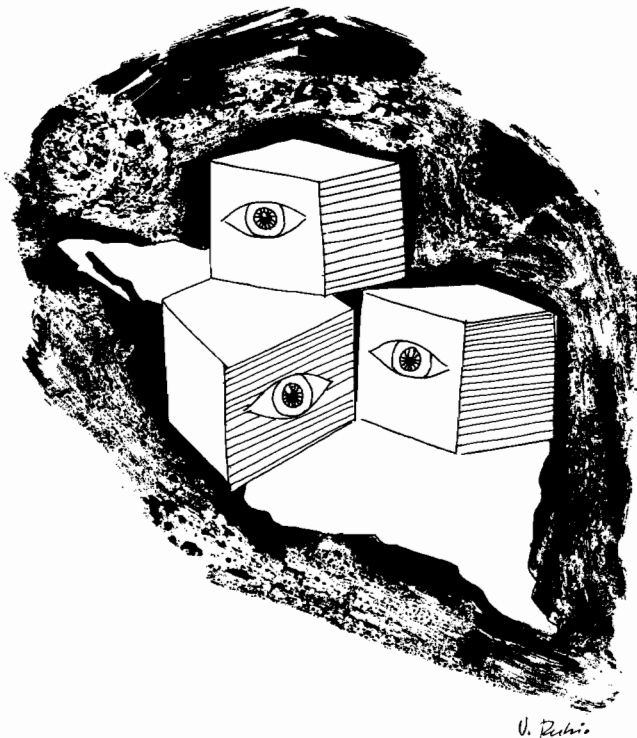
El primer problema que se presenta al tratar de dibujar el perfil económico de América Latina, es la heterogeneidad de la región,

el alto contraste de sus componentes. Hablar de América Latina es meter en la misma canasta a países como Brasil y Haití, Argentina y Nicaragua, México y Honduras, Chile y Barbados, cuyas diferencias de dimensión, recursos, viabilidad económica, desarrollo de las fuerzas productivas, son abismales. Por eso sería tan ocioso definir la realidad latinoamericana a partir de cifras agregadas y tendencias generales, como lo es definir la distribución del ingreso a través del ingreso por habitante.

A la diversidad latinoamericana, tendríamos que agregar la incipiente escala de interdependencia económica—mercados, inversiones—resultante de los márgenes estrechos

de complementariedad de las economías, las distancias físicas agravadas por una orografía muy accidentada, la vieja proclividad a con- finar los intentos integracionistas al p a n t a n o burocrático y a imponer barreras de toda índole al comercio entre economías dispares. Existen, por supuesto, corrientes "naturales" de comercio entre países vecinos y en los últimos años ha repun- tado el in-

tercambio intralatinoamericano, pero ello no altera las tendencias generales.



La heterogeneidad y la reducida integración de las economías, nos podrían llevar a la presunción fácil de que América Latina no es, económicamente hablando, una entidad regional, sino un espacio en el que coexisten economías mutuamente desvinculadas con algunos intentos aún inacabados de integración subregional. No obstante, los países de la región tienen mucho más en común de lo que parece a primera vista: padecen la misma enfermedad—la crisis de los años ochenta— y están tomando la misma medicina: el ajuste. No es de extrañar, entonces, que tanto la región en su conjunto como el grueso de los países que la integran atraviesen por una circunstancia similar: vulnerabilidad externa, sacrificio del crecimiento en favor de la estabilización, exacerbación del binomio concentración-pobreza. Aunque, claro, entre esos países-pacientes, los hay vigorosos y escuálidos, maduros, recién nacidos y senectos, y su resistencia a la terapia y a los efectos colaterales de ésta, no será la misma, con lo que podría ahondarse la heterogeneidad.

De ese rico vivero de investigadores que es la CEPAL, parece haber salido la síntesis más acabada de lo que fueron, para América Latina, los años ochenta: la década perdida para el desarrollo. De allí también procede la información sistematizada que alimenta la mayor parte de los estudios de las más diversas entidades nacionales e internacionales, por lo que bastaría revisar el más reciente balance económico de la CEPAL para identificar las líneas maestras de la fisonomía de la región, así como de la de cada uno de los países que la integran. Aventuro de todas maneras algunos comentarios a partir de la información estadística que todos compartimos.

Contra lo que pudiera indicarnos el sentido común, América

Latina no está tan mal como lo estuvo en el pasado reciente o, para ser más precisos, las tendencias que parecían llevarla a la ruina tienden a revertirse. Es probable que en 1993 el producto bruto de la región crezca en alrededor de 3 %, cuando en los años ochenta lo hizo en menos de 1 por ciento, después de dos decenios de expansión: 5.4 % en los sesenta y 5.9 en los setenta. La velocidad del crecimiento del producto es, pues, tres veces mayor que en la década perdida para el desarrollo, pero es apenas la mitad que en el decenio de los sesenta. Para valorar estos datos, debemos tener presentes que aun en los años de mayor crecimiento, la mayor parte de las economías latinoamericanas eran débiles, su ahorro interno era insuficiente para financiar sus necesidades de inversión, y sus patrones de distribución del ingreso incapaces de asegurar la satisfacción de las necesidades elementales de la población.

En lo que va del presente decenio, la estabilización de los precios y de los grandes agregados macroeconómicos, que es el objetivo supremo para la mayor parte de los países de la región, tiende a consolidarse gracias al enorme esfuerzo de los gobiernos por retirar dinero de la circulación a través de la contracción del gasto público, el aumento de los ingresos fiscales, el acento restrictivo en la política monetaria y crediticia. La competencia de las mercancías de importación ha favorecido también la reducción del crecimiento del índice de precios al consumidor, de 22 a 19 % anual entre 1991 y 1992 para el conjunto de la región, exceptuando el caso especial de Brasil. La carga de la deuda no es ya desesperante, gracias a las renegociaciones, las menores tasas de interés en los mercados mundiales y los pagos que han hecho la mayor parte de los países a sus respectivos

acreedores, han reducido también las presiones sobre las transferencias de recursos financieros al exterior.

Sin embargo, aun en términos estrictamente económicos, esa primera visión optimista resulta engañosa. Tanto el abastecimiento de bienes y servicios —las cosas que compramos— como el financiamiento para adquirirlos —el dinero con que las pagamos— provienen cada vez más de los mercados externos. Y ello, en una etapa de contracción y acentuada inestabilidad de la economía mundial, en un periodo de crecientes obstáculos a la liberalización universal del comercio, coloca a las economías de la región en una clara indefensión. Y no es que las políticas económicas estuvieran diseñadas para llegar a este punto, lo cual sería por lo menos absurdo, sino que las condiciones externas así lo han determinado.

Las nuestras no son sociedades suicidas, que hayan decidido desprenderse de los controles esenciales de sus economías. Los arquitectos de nuestras políticas económicas no están deslumbrados —o no todos— con el equilibrio de las variables y los parámetros al margen de la realidad concreta. Lo que ocurre es que la globalización es una realidad incontestable y las economías nacionales, incluso las más poderosas, están impedidas de marginarse de estas tendencias a riesgo no sólo de quedar aisladas, sino de caer en una espiral sin límite de ineficiencia y provocar la ruina expansiva de las sociedades. ¿Cuál es la opción para América Latina? La internacionalización de los mercados nos obliga a la estabilidad pero también a la competitividad. Aquélla requiere toda suerte de restricciones pero ésta exige innovaciones tecnológicas, inversiones y riesgos. ¿Cómo ajustar y desarrollar las economías al mismo tiempo? ¿Cómo hacerlo desde la fragilidad de economías que sufrieron

diez o doce años de estancamiento y luego tuvieron que contener la demanda para restablecer los equilibrios? ¿Cuáles son nuestras fuentes de ahorro interno para financiar la aventura descomunal de invertir para la competencia en el fin de siglo y al inicio del siguiente?

No fue el ajuste el camino más deseable, pero todo indica que no había otro. Sin embargo, restablecidos los equilibrios, llegó el momento de moderar los excesos y admitir que la estabilización es indispensable y debe continuar, pero es una condición adjetiva, pues lo sustantivo es el crecimiento, el empleo y la satisfacción de las necesidades básicas de las sociedades. Porque después de todo, ¿cómo contribuye la corrección de las variables macroeconómicas a aliviar el hambre de los indios del Perú y a desarticular las raíces sociales de la violencia? ¿Qué significa para Nicaragua la fuerte reducción de la inflación, si están abatidos los índices de empleo y su única esperanza es que los cambios políticos satisfagan las rigurosas exigencias del senador Jesse Helms? ¿Puede Venezuela sostener indefinidamente el ajuste que costó el cargo al presidente Carlos Andrés Pérez? ¿Y un país tan pobre como Honduras? ¿Y uno tan grande y contrastado como Brasil?

Volvamos, sin embargo, al terreno más aséptico de la economía para explorar, en sus propios términos, algunos ángulos del modelo anticrisis. Con la notable excepción de Brasil, los precios se han estabilizado y el producto bruto se expande hasta donde lo permite el objetivo de estabilización. Las finanzas públicas han sido saneadas, tanto en el lado de los ingresos como en el de los gastos, la deuda externa se ha aliviado y los capitales fluyen a un ritmo muy elevado. Pero como no hay felicidad completa, las relaciones comerciales y financieras de los

países latinoamericanos con el resto del mundo están desequilibradas y son notoriamente frágiles.

Uno de los rasgos característicos de la economía de la región es la dinámica de las importaciones, que si bien podrían crecer en 1993 por abajo del 9 %, el año anterior lo habían hecho al 20 %. Tenemos que comprar en el exterior porque necesitamos renovar la planta productiva con maquinaria, equipo y bienes intermedios que no producimos internamente, pero también porque existe una verdadera fiebre de consumo de artículos importados, y nuestros países deben mantener abiertas sus economías para no incurrir en el riesgo de quedar aislados, no obstante que las economías más desarrolladas están en un proceso de franco proteccionismo. Además, las importaciones han sido favorecidas por factores menos evidentes pero muy poderosos: por una parte, la competencia, a veces a nivel de dumping, de muchísimos productos extranjeros que han perdido sus propios mercados debido a la recesión internacional; por otra parte, un fenómeno monetario aún menos perceptible: las menores presiones sobre los tipos de cambio (que abaratan las importaciones y encarecen las exportaciones) derivadas del alivio de la carga de la deuda y sobre todo de la afluencia masiva de capitales externos.

Las exportaciones de la región crecen, pero moderadamente y por supuesto a menores ritmos que las importaciones: menos de 6 % para el presente año. El volumen de mercancías que la región ha colocado en el exterior es mucho mayor, pero los precios internacionales de los principales productos de exportación siguen cayendo, con pocas excepciones, por lo que tenemos que transferir a otros países más trabajo, más materias primas, más desgaste de maquinaria, más productos

intermedios, a cambio de menos dinero. El resultado es que compramos más de lo que vendemos al exterior, lo que nos provocará un déficit cercano a 14 mil millones de dólares para este año, después del déficit de 10 mil millones de 1992.

Si nos atuviéramos a la compra y venta de bienes y servicios, el único recurso para comprar más de lo que vendemos sería pedir prestado, es decir, elevar la deuda externa. Esto en general no ha sido así, gracias a la afluencia masiva de capitales del exterior, que es en gran parte alentadora y positiva, pero que no siempre refleja salud económica y contiene márgenes de riesgo que, de presentarse, sería catastrófico para la región.

La llegada de capitales ha crecido. Tan sólo en 1992 entraron 40 mil millones de dólares, en 1993, 61 mil y se estima que para el presente año la cifra será superior a los 50 mil millones de dólares. Es muy difícil, al menos para mí, imaginar qué significan exactamente estas cifras (¿cabén 50 mil millones de dólares en billetes de 100 en mi cuarto, en mi casa, en este salón?) pero es claro que se trata de flujos sumamente cuantiosos. ¿Por qué llegaron y se supone que seguirán llegando?

En primer término, por la estabilidad que se ha logrado y la confianza de los inversionistas en la continuidad de las políticas económicas. En segundo término, porque las tasas internacionales de interés han caído (la libor bajó de 8.9 % en 1989 a 3.5 % enero-agosto de 1993 y en unos diez meses, el rendimiento de los bonos del Tesoro de Estados Unidos a 30 años bajó de 7.4 a 6 %). En tercer término, porque los mercados de capitales en América Latina ofrecen rendimientos nominales muy atractivos, lo que permite compensar el riesgo,

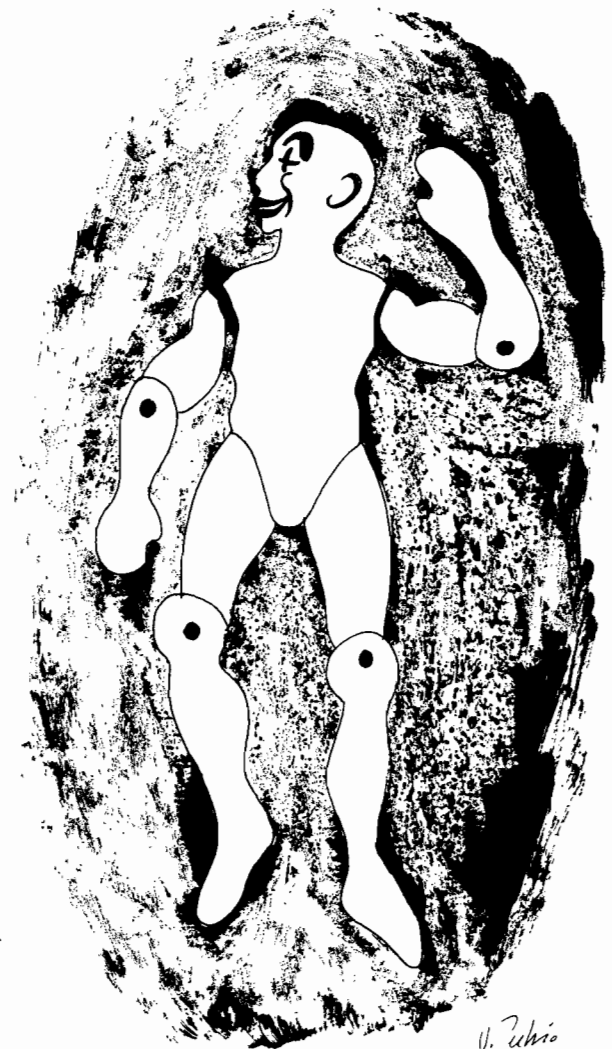
variable de un país a otro, para abundantes corrientes de capital, es decir, porque aquí pagamos más. Finalmente, porque algunas de las grandes empresas de la región han logrado colocar fuertes emisiones de bonos en los mercados financieros: 10,700 millones de dólares en la primera mitad del año, más que en todo 1992 y el triple que en todo 1991.

No se trata de verle la cara negativa a todo, pero debo anotar al menos dos riesgos asociados a los flujos de capital hacia América Latina. Primero, que sólo una parte de ellos se destina a inversiones directas en las empresas y gran parte de los mismos son inversiones financieras. Segundo, que proporciones importantes de los capitales están colocadas en instrumentos de corto plazo, lo que las hace altamente volátiles: la región no podrá contar con ellas en caso del más mínimo peligro de inestabilidad, que es cuando más se necesitarían, o al momento que se reanimen los rendimientos en mercados más seguros.

La CEPAL resume que las latinoamericanas, son "economías mucho más integradas que en el pasado a un escenario internacional fluctuante y plagado de incertidumbre, con brechas externas de gran magnitud que se tornan permanentes, financiadas con flujos de capital en parte propulsados por factores coyunturales y con estrechos márgenes de maniobra para ejercer su política económica". Tales economías, concluye el organismo, "resultan estructuralmente vulnerables".

Frente a este cuadro, los economistas latinoamericanos tienen una difícil pero impostergable tarea por delante: imaginar un nuevo modelo económico para la región en la era de la globalización y la regionalización de las economías, que identifique y privilegie los puntos de confluencia

entre el necesario, inevitable, irreversible objetivo de estabilización, con el urgente objetivo del crecimiento. Esta formidable tarea intelectual no es fácil cuando el paradigma ideológico del mercado sin matices cubre al planeta y quienes intuyen que el estado debe seguir siendo un factor decisivo de la actividad económica están desconcertados, no acaban de identificar su espacio ni los términos de una acción ágil y eficaz, que trascienda el burocratismo, la inercia, la corrupción, la ineficiencia que lo sumió en el desprestigio. Y si no es sencilla la tarea, tampoco es poca la responsabilidad: si los economistas no



encuentran las respuestas teóricas y de política que requiere América Latina en este fin de siglo, los programas de ajuste, anunciados como remedios de emergencia, suplirán permanentemente la ausencia de un modelo viable de largo plazo.

El problema no sería grave si no fuera, primero, porque están en juego los márgenes de autonomía a que pueden aspirar las sociedades latinoamericanas cuando las fuentes dinámicas de sus economías están cada vez más en el exterior. Segundo, porque las consecuencias sociales de los programas de ajuste encima de la crisis de los ochenta y de la dependencia y depredación tradicionales de las economías de la región son muy graves. Y tercero, porque las tensiones podrían traducirse en conflictos políticos generalizados, como los que ya se han presentado en diversos países de la región, y en esas circunstancias sería ocioso hablar de modelos económicos.

Aunque parezca sacrílego aludir a espacios sociales y políticos cuando de economía se trata, no podemos omitir que la actividad económica, aun en sus expresiones más sofisticadas, se produce en un entorno social y político definido y, más allá

de la discusión de fines y medios, no se puede ignorar que ese entorno es el que hace posible o impide dicha actividad. Japón y Somalia, Alemania y Haití, Suecia y Bosnia podrían aplicar el mismo recetario de la política económica si no fuera porque las circunstancias sociales y políticas de unos y otros son tan dispares. En unos hay abundancia y en los otros hambre; en unos debate político civilizado y en los otros caos, cuando no violencia y barbarie.

Nuestras sociedades no están tan lejos de unos ni de otros o, mejor dicho, están en proceso de dislocación entre los dos extremos. Al tiempo que conocidos latinoamericanos se han colado hasta las listas de las mayores fortunas del mundo, 196 millones de personas en el continente, el 46 % del total, están por abajo de la línea de la pobreza y 93, 500, 22 %, están en la indigencia. Es difícil que en este auditorio alguien haya tenido vivencias que le permitan imaginar cómo es en realidad la vida de aquéllos y éstos, cuáles son sus valores, sus creencias, sus aspiraciones, aunque ya hasta los rusos saben que "los ricos también lloran". ¿Pero es este el escenario deseable? ¿No tendría que hacer algo el sistema económico para moderarlo? ¿Estamos aún a tiempo?